

[SP 24 junio 2018](#)

Posted: 28 Jul 2018 01:00 PM PDT

8. La Mujer del Espíritu– Hech. 1,12-14

Los rostros de María en la Escritura

La última noticia que los evangelios nos dan de María remite a la escena del Calvario. En esa noche trágica María había bajado de aquella colina de Jerusalén con las otras mujeres y con el discípulo que Jesús amaba, después puso el cadáver del hijo en el sepulcro. Desde este momento en adelante los evangelios sobre ella callan. No se dice nada de ella después de la resurrección. No obstante, muchos santos y santas a lo largo de la historia de la Iglesia, siguiendo los indicios de los evangelios apócrifos, han imaginado que Jesús resucitado se le apareció antes que a todos a la Madre, en secreto, para consolar su corazón traspasado a los pies de la Cruz. Más allá de esta reconstrucción hipotética, la relación entre María y el Resucitado se encuentra dentro de la comunidad apostólica, en la cual, ella es Madre, como ha querido Jesús en la cruz. De la escena descrita en los Hechos de los Apóstoles 1, 12-14, que tiene como telón de fondo la casa y el “piso superior” del Cenáculo, nacerá la invocación litánica destinada a María “Reina de los apóstoles”, o aquella otra, presente en un himno anónimo del siglo IV: “Alegría de los apóstoles”.

En la habitación de Nazaret, en el día de la Anunciación, María había ya vivido su propio Pentecostés. Ella conocía personalmente, y no de oídas como los apóstoles que habían oído solo hablar a Jesús, el poder del Espíritu. Ella sabía cómo aquel “dedo de la mano de Dios” puede transformar profundamente la vida de aquellos o aquellas que lo acogen con plena disponibilidad. Probablemente es por esto que Jesús ha hecho de ella la Madre de la Iglesia naciente. El elemento fundamental que Lucas quiere señalar, en la narración de los Hechos, es aquel de la oración: un tema muy querido para él, tanto así que en su evangelio María, con su capacidad de conservar en el corazón la palabra y la espera paciente de su pleno desarrollo, es el modelo de la perfecta orante dentro de la primera asamblea eclesial. Por lo tanto, en este título, María está presente en el cenáculo: es su experiencia del Espíritu y de la oración asidua que la hace maestra de los apóstoles.

El cenáculo, además de la sede del don del Espíritu Santo, de la reconciliación sacramental (Jn 20, 22-23) y del sacerdocio ministerial, es sobre todo el símbolo de la Eucaristía, habiendo sido el lugar de la última cena. Existe, por tanto, una conexión estrecha entre el culto mariano y la eucaristía, de la cual don Bosco estaba profundamente consciente, basta pensar en el “sueño de las dos columnas”. Aunque los evangelistas ignoran la presencia de María en la última cena, tenemos el testimonio de su presencia en los apóstoles en el cenáculo. En esta luz María nos presenta a su Hijo en la eucaristía, signo permanente de su “estar con nosotros”.

Para orar con la Palabra (Hech. 1, 12-14)

1. Me pongo en la presencia de Dios. Imagino que me encuentro dentro de la escena, con María y los apóstoles en el cenáculo y pido al Padre la gracia de aprender de María a esperar y acoger el don del Espíritu.
2. Invoco la ayuda del Espíritu Santo repitiendo lentamente esta (u otra) oración:
“Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, ven a mi corazón y libera en mí la fuerza y la dulzura de tu amor. Tú, que has transformado a los discípulos en apóstoles, infunde en mí su mismo ardor misionero, su misma capacidad de comunión fraterna, su misma docilidad a tu sopro. Te lo pido por intercesión de María. Amén.
3. Leo lentamente el texto Hech. 1, 12-14. Me detengo en tres puntos:
 - el cenáculo** (v. 13): es el lugar en el cual el Resucitado se hace presente en el don del Espíritu y en el partir el pan. Para ingresar es necesario “subir”. También yo estoy invitada: ¿En mi vida cotidiana existe algo que me impide “subir” al cenáculo?
 - la oración** (v. 14): los apóstoles son perseverantes y unidos en la oración, en espera de la manifestación del Señor. ¿Qué esperamos y pedimos en nuestra oración comunitaria?
 - la compañía de María** (v. 14): María está siempre presente en la comunidad. Busco los signos de su presencia en mi comunidad y renuevo mi acto de confianza en ella.
4. Concluyo la oración con un coloquio de corazón a corazón con María: comparto con ella mi experiencia de oración y le pido que me haga partícipe de la suya.
5. Padre Nuestro.

Después de haber concluido la oración, me detengo a reflexionar un poco: ¿Qué me ha sugerido el Espíritu en la oración? ¿Me ha animado y confirmado? ¿Me ha invitado a dar un paso de conversión? ¿Cómo pienso corresponder al don recibido en la oración?